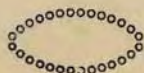


ASOCIACION DE LA PRENSA

---

# DON MIGUEL MOYA

RASGOS BIOGRÁFICOS



MADRID

TIP. DE LA "REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS"  
*Olózaga, 1.—Teléfono S. 1.385.*

1922



*Angel de la Fuente*



---

CUANDO DON MIGUEL ERA ESTUDIAN-  
TE.—SU ACTUACIÓN DE ABOGADO. : :

Don Miguel Moya y Ojanguren nació en Madrid el 30 de mayo de 1856 y murió en San Sebastián (Guipúzcoa) el 19 de agosto de 1920. Vivió, pues, sesenta y cuatro años y cerca de tres meses.

Estudió en Madrid con gran aprovechamiento las primeras letras, la segunda enseñanza y la facultad de Derecho, de la cual fué licenciado a los diez y ocho años.

A pesar de las felices disposiciones que demostró en los cursos de la Universidad, nunca vistió la toga. Sin embargo, demostró sus conocimientos jurídicos en varias ocasiones, mereciendo ingresar en la Academia de Jurisprudencia, de la que ha sido vicepresidente primero.

Además, publicó frecuentes trabajos sobre materias de derecho, entre ellos el libro titulado *Conflicto entre los Poderes del Estado*, en el que, con penetración y clarividencia, se vislumbraban problemas de Derecho político, que después se han planteado, requiriendo urgente solución, y en ellos don Miguel enjuiciaba siempre con el espíritu de rectitud y liberalidad en que se inspiraron todos los actos de su vida ejemplarísima.

*Conflicto entre los Poderes del Estado* logró tal estima, que aún hoy se cita por tratadistas tan eminentes como don Vicente Santamaría de Paredes, quien hace repetida mención de este libro en su tratado de Derecho político.

En la colección de *El Liberal* hay también frecuentes artículos en los que don Miguel revelaba su dominio de los problemas jurídicos.



ANTE TODO, PERIODISTA.

LOS AÑOS MOZOS. : : :

Pero no era ésta su afición. Don Miguel Moya fué, ante todo y sobre todo, periodista. Desde los días de su adolescencia, sus aficiones le llevan al periódico, y así, una tarde, siendo estudiante, el gran novelista Ortega Munilla y él se dirigen a *La Epoca*, solicitando puestos en aquella redacción y sufriendo el desengaño de ser rechazados porque no presentaban más méritos —los que luego habían de escalar las cumbres de la intelectualidad española— que los entusiasmos de su juventud.

LOS PRIMEROS ENSAYOS.—DIRECTOR DE UN PERIÓDICO.: : : :

Los primeros ensayos periodísticos de don Miguel Moya se publicaron en *El Correo Español* y en *El Comercio Español*. Logró, en compañía de Ortega Munilla, ingresar en la redacción de *La Iberia*, y muchas noches, uno frente a otro, redactaron íntegramente aquel diario, entonces en la plenitud de su vida priodística. Ninguno de los dos contaba veinte años.

A los veintiuno fué nombrado don Miguel director de *El Comercio Español*, cargo que ejerció hasta 1887. En 1889 fué nombrado redactor de *La Democracia*.

LA FUNDACIÓN DE "EL LIBERAL".—MOYA, REDACTOR. : : : : : :

El sábado 21 de mayo de 1879 apareció el primer número de *El Liberal*. Ocho o diez días más tarde, don Miguel, a la sazón redactor de *La Democracia* y director de *El Comercio Español*, fué solicitado para ingresar en la redacción, encargándosele de escribir un artículo comentando las sesiones de Cortes, que se llamaba "Crónica parlamentaria", y las revistas de música.

Su primer artículo firmado en *El Liberal* se publicó en la hoja literaria del lunes 30 de junio de aquel año. Se titulaba el artículo "Música y calabazas" y aparecía junto a otros de "Fernanflor", Francisco de Asís Pacheco, Rodríguez Mourelo, José Nackens y García Ladevese.

A partir de esta fecha se hallan admirables artículos literarios con su firma en las hojas de los lunes, que luego se titularon "Entre páginas". Uno de ellos es un magnífico estudio crítico sobre Palacio Valdés.

Por aquel tiempo *El Liberal*, dirigido por Araus, constaba casi todos los días de las siguientes secciones: Artículo político de entrada, "A vuela pluma", "Extranjero", "Crónica parlamentaria" seguida de las sesiones de Cortes. "Las Provincias", "Lo que se dice", "Cartera de Madrid", "El Telégrafo", "Cultos", "Diversiones" y Folletín.

Apareció por entonces *Madrid Cómico*, que dirigía Sinésio Delgado, donde don Miguel colaboró frecuentemente con García Gutiérrez, Núñez de Arce, Campoamor, Zorrilla, Manuel del Palacio, Eusebio Blasco, Ricardo de la Vega, Vital Aza y otros.

Con motivo del centenario de Camoens don Miguel fué enviado por *El Liberal* a Lisboa en 1880, publicando hermosas crónicas de la capital portuguesa y una titulada "Cintra", que es una maravilla de estilo, de cálido y vibrante colorido.

Publicó entonces *Puntos de vista*, "con prólogo de "Fernanflor", libro que contribuyó a dar merecida fama a su nombre.

Cada día se fué destacando más su figura en *El Liberal*. Sus "Crónicas parlamentarias", modelo de aticismo, elegantes en la forma, redactadas con finísima ironía, le hicieron gozar del respeto y la admiración de los políticos más eminentes, al paso que sus trabajos literarios le iban consagrando, llevándole a la primera línea de los eminentes escritores de aquella época.

A los treinta años de edad, en las elecciones de 1886, fué elegido diputado a Cortes por Ponce (Puerto Rico), de donde era oriunda la familia de su esposa, la virtuosa dama doña Eelén Gastón de Iriarte, hija de un general de la Armada.

DIRECTOR DE "EL LIBERAL"

Gobernaba Sagasta. España entera se apasionaba con las pruebas del submarino *Peral*. Salmerón, en el banquete de "La Alhambra", definía un nuevo partido republicano. Eran los días de 1890.

Don Mariano Araus dejó la dirección de *El Liberal* con motivo de unos incidentes que tuvieron principio en una po-



lémica con *La Correspondencia Militar*. Interinamente, Ansoarena se encargó de la dirección del periódico.

La figura de Moya tenía en aquellos días extraordinario relieve: había presentado al Congreso una proposición de ley, acerca de la separación de los mandos civil y militar en Puerto Rico. Don Miguel pronunció varios y elocuentes discursos, admirables de forma y con lógica inflexible en defensa de su proposición. Los debates eran apasionadísimos. A consecuencia de ellos, y con motivo de una carta circular, el general Dabán fué condenado a dos meses de prisión en el castillo de Alicante.

Don Isidoro Fernández Flores, "Fernanflor", presidente de la Sociedad Anónima *El Liberal*, indicó a Moya para dirigir el periódico.

Exaltado a la dirección en el citado año de 1890, se encontró con un periódico, que, si bien gozaba de prestigio y de autoridad por su actuación fiel a los ideales que le inspiraron desde el primer número, arrastraba una vida lánguida, teniendo enfrente otros poderosos órganos de opinión que ocupaban los primeros puestos por su tirada.

*El Liberal* publicaba diariamente entre quince y diez y seis mil ejemplares. Diez y seis años más tarde dejaba don Miguel la dirección de *El Liberal* para presidir la Sociedad Editorial de España. El día en que él dejó de ser director tiraba *El Liberal* cerca de ciento diez mil ejemplares, siendo su tirada normal de más de cien mil y habiendo rebasado, en días de apasionada intensidad nacional, la cifra de doscientos mil, no superada hasta entonces por ningún periódico.

Tal fué el resultado de su fecunda, inteligente y activa labor.

LAS PRIMERAS CAMPAÑAS.—EL 1.º DE MAYO.—REFORMAS DE "EL LIBERAL".

Respetó Moya los moldes que habían trazado sus antecesores en la dirección de *El Liberal*; pero aplicando desde el primer día al periódico íntegramente sus portentosas facultades, fué haciendo evolucionar aquellas páginas, hasta infundirles el calor vital de todos sus entusiasmos.

Recordamos la campaña del 1.º de mayo de 1881. El año antes se había celebrado por vez primera en España la fiesta obrera; el socialismo español estaba en los comienzos de su

actividad, encarnada en la tenaz labor propagandista de Pablo Iglesias, que era entonces, en el concepto de la mayoría de las gentes, un terrible anarquista.

Don Miguel, anticipándose a la transcendencia del movimiento social entonces iniciado, quiso despejar aquellos recelos de la opinión, que veía acercarse con miedo la fiesta del 1.º de mayo.

El 5 de abril de 1881 empezó *El Liberal* su campaña. Día tras día fueron exponiendo en sus columnas sus juicios sobre las reivindicaciones obreras los más eminentes hombres de España: Echegaray, Salillas, Núñez de Arce, Pedregal, Figuerola, "Clarín", Rodrigáñez, Alonso de Beraza, Labra, Mariano Monasterio y otros.

Al propio tiempo *El Liberal* publicaba artículos editoriales de don Miguel, exponiendo la justicia de los ideales obreros y desvaneciendo los peligros que algunos veían en la fiesta de 1.º de mayo. Los entonces redactores Luis Morote, Martínez Soto, León Láinez y otros recorrían las regiones españolas informando al periódico de los preparativos de la fiesta obrera en Zaragoza, en Bilbao, en Levante, en Andalucía.

Y aquella campaña se llevó con espíritu tan ampliamente liberal, tan acogedor para los distintos criterios de los hombres más eminentes, que se dió el caso de colaborar en un mismo número don Francisco Pí y Margall, el entonces obispo de Madrid-Alcalá y don José de Carvajal.

Llegó el 1.º de mayo. *El Liberal* publicó un extraordinario, a cuyo frente figuraba un amplio y luminoso trabajo de don Emilio Castelar, titulado "El socialismo contemporáneo", y seguían breves opiniones de patronos, representantes del proletariado e intelectuales: junto a una cuartilla de Martínez de la Riva, la opinión de Pablo Iglesias; al lado de la del Marqués de Villamejor, un delicado juicio del insigne Campoamor y unas líneas vibrantes de Dicenta.

En los días siguientes continuó la colaboración y las informaciones de la fiesta obrera en España y en el extranjero: Engel, desde Alemania; Landero, desde Bélgica; Rei Dámazo, desde Portugal; Martino Mantelli, desde Italia, y otros, enviaron sus trabajos a *El Liberal*, que fué el primer periódico acogedor, alentador y definidor del poderoso movimiento social que alboreaba en la vida española.

Aquel mismo año realizó *El Liberal* una de sus mejores



campañas defendiendo el Tratado con Francia para la exportación de vinos españoles. La campaña iniciada y sostenida por don Miguel contó con el concurso de don Segismundo Moret, quien publicó frecuentes artículos razonando y demostrando la conveniencia para la riqueza española de llegar a la realización de las bases que se proponían.

Eso iba unido a éxitos diarios de información del periódico. Atento a la actualidad periodística, don Miguel hizo una transformación de las informaciones de prensa, cuidándolas, no escatimando sacrificio para mejorarlas, cambiando el tono doctrinal y sentencioso de los periódicos clásicos por la amenidad, el interés y la emoción que luego habían de informar a la Prensa. Así, por ejemplo, con motivo de las inundaciones de Almería y Consuegra y de la catástrofe ferroviaria de Burgos, *El Liberal* tuvo dos grandes éxitos de información. Dispuso desde los primeros momentos de los sucesos un admirable servicio y contó a sus lectores, cada día más numerosos, los trágicos aspectos de aquellas catástrofes por medio de las plumas de Julio Vargas, Luis Morote y Tesifonte Gallego, que fueron enviados por don Miguel para realizar estos deberes informativos.

Al final del 91, Moya, que llevaba poco más de un año dirigiendo *El Liberal*, podía estar plenamente satisfecho de su obra: el periódico había triplicado su circulación.

Espíritu incansable, conocedor de la efímera vida de un relato, de un suceso, de una información periodística, no consideró bastante lo alcanzado. Y en primero de enero del 92 iniciaba aquella colaboración literaria, que luego ha sido timbre de orgullo de las páginas de la Prensa. Buscó los mejores para *El Liberal* y ofreció al finalizar diciembre una colaboración fija en la que figuraban Campoamor, Núñez de Arce, Zorrilla, Vital Aza, Ramos Carrión, Ricardo de la Vega, Carvajal, Montero Ríos, Salmerón, Teófilo Braga, Castelar, Echegaray, Magalhaes Lima, Pi y Margall, Moret, Salillas, el doctor Pulido y otros.

El 1.º de enero *El Liberal*, remozado con esta colaboración, la iniciaba publicando "Las generaciones democráticas", de Emilio Castelar; "Sevilla", canto de don José Zorrilla, y "Notas fin de Siècle", de "Fernanflor".

El enorme éxito del extraordinario de 1.º de mayo del 91 se repitió con los de la misma fecha del 92 y 93, en los que colaboraron los mismos que en el primero, y además Vac-

querice, director de *Le Rappel*; Canalejas, Moret, Pablo Iglesias, Jacinto Octavio Picón y otros.

Varios extraordinarios más publicó *El Liberal* en estos años: el del Centenario del descubrimiento de América, número de un gran valor histórico; el de Semana Santa, con un meritisimo trabajo del padre Mir; el dedicado a la muerte de Zorrilla, con magnífica colaboración, y sobre todo el Año Nuevo, verdadero alarde tipográfico, con ilustraciones de Emilio Sala, Alejandro Ferrant, Cecilio Pla, Angel Huertas y Joaquín Sorolla; piezas musicales de Arrieta, Chapi, Mancinelli, Barbieri, Bretón y Chueca, y artículos literarios de Emilia Pardo Bazán, Moya, Echegaray, Castro y Serrano, Fernández Bremon, Eusebio Blasco, Cavia, "Fernanflor", Zorrilla, Campoamor, Leopoldo Cano y otros.

El 5 de mayo del 92 creó Moya la sección de "Cuentos ajenos", que bien pronto gozó del favor del público, tanto que fué completada con la de "Cuentos propios", en 18 de junio, redactada por los literatos Miguel de los Santos Alvarez, "Clarín", Castro y Serrano, Ferrari, "Fernanflor", Fernández Bremon, López Guijarro, Palacio Valdés, Picón, Rodríguez Correa, Eugenio Sellés, Juan Valera, Pereda y Moya, a más de los redactores de *El Liberal* Arimón, Cavia, Dicenta, Eduardo del Palacio, Pulido, Roure, Salvador Rueda, Rafael Salillas, Eusebio Sierra y Tomás Tuero. En esta sección se publicaron cuentos famosísimos, entre ellos el "¡Adiós, cordera!", de "Clarín"; "La salsa de los caracoles", de "Fernanflor", y "El sombrero de teja", de Ramos Carrión.

Poco más tarde creó don Miguel la famosa sección *Revista cómica*, que fué redactada simultáneamente por Vital Aza, Javier de Burgos, Sinesio Delgado, José Estremera, Constantino Gil, Jackson Veyan, Liern, López Silva, Ramos Carrión, Navarro Gonzalvo, Pérez y González, Salvador Rueda y Ricardo de la Vega.

En agosto del 93 empezó a colaborar en *El Liberal* Pérez Galdós. Poco después se inició la publicación de *Páginas célebres*, verdadera divulgación literaria de los más grandes escritores del mundo.

La guerra de Marruecos del 93 fué otro gran éxito informativo de *El Liberal*, quien envió al campo de batalla a Luis Morote y a Rodríguez Lázaro, que entonces ingresó en



la redacción, con Eduardo Rosón, redactor jefe del citado diario.

Las informaciones de ellos iban precedidas de los clarividentes artículos de Moya y acompañados por juicios de las primeras figuras de España: el cardenal Monescillo, Cánovas, Martínez Campos, Pí y Margall, etc., etc.

Se sucedían los magníficos extraordinarios de *El Liberal*, que el público arrebatava. Se creaban nuevas secciones: "Plutarco del Pueblo", "Nuestros domingos" y las célebres "Crónicas" que inauguró Juan Valera. Hacen el "Viaje por España" Julio de Vargas y Luis Morote. Llama Moya al periódico al que luego fué sucesor suyo en la dirección, Alfredo Vicenti, y muy luego se construyó el actual edificio de *El Liberal*.

Al propio tiempo el periódico continuaba siendo uno de los mejor informados de España; mantenía su liberalísima posición política con impecables y severos artículos de don Miguel y realizaba constantes campañas acogidas con entusiasmo por el público. Julio de Vargas hizo, enviado por *El Liberal*, un viaje a Norteamérica y a las posesiones españolas; Luis Morote recorrió España atento a la actualidad nacional; Novo y Colson realizaba la campaña del Banco Militar... *El Liberal* escalaba las cumbres del periodismo español. Sentado en el sillón de director, siempre atento al periódico, viviendo para él con su sonrisa característica, don Miguel estaba satisfecho.

LA GUERRA DE CUBA.  
DÍAS DE ANGUSTIA. :

Se inician los lamentables sucesos de nuestras posesiones de América y empezó *El Liberal* la campaña de Mindanao.

Don Miguel, que figuraba en el Parlamento como miembro de la minoría autonomista, defendió este criterio desde el primer momento. Se fueron agudizando los acontecimientos. Morote y Lázaro en Cuba, informaban tan ampliamente al periódico, que la cuenta de cablegramas en un trimestre importó 220.000 pesetas. El 23 de febrero del 97 relató Morote en *El Liberal* su prisión y condena a muerte por Máximo Gómez, en el campamento de Maniquita Capiro. España entera leyó el relato con emoción.

Con la voladura del *Maine* se desató la fiebre patriótica y estalla la guerra con los Estados Unidos. *El Liberal* empezó una campaña, que tuvo gran relieve y que libró a este periódico —gracias al acierto de su director, verdadera clarividencia ante el extravío de la opinión nacional— de la más leve sombra de responsabilidad en el desastre.

La casi totalidad de la Prensa, ya interpretando torcidamente el patriotismo, ya arrastrada por el ambiente que estas explosiones pasionales producen siempre de un modo espontáneo —más que por campañas públicas—, inculcaba como posible a sus lectores la derrota de los Estados Unidos. No faltó quien calificara desdeñosamente a los yanquis de "mercaderes" y presentara a nuestra escuadra como superior en el número y en la potencia a la escuadra norteamericana. Hasta hubo gobernante que, en pleno Parlamento, afirmó que "el sol de la victoria luciría para la Armada española".

Don Miguel Moya, firme en su acertado pensamiento, sostuvo primeramente la necesidad de conceder a Cuba la autonomía y no se embriagó con los acordes de la *Marcha de Cádiz*, que llenaba el ambiente nacional.

¡Cruels días para el varón ejemplar! Se le acusaba de filibustero, se decía que *El Liberal* lo habían comprado los yanquis; la calumnia se cebó en su honorable figura; llegaban a millares las bajas a la Administración. Nada amilanó a don Miguel. Soportando las diatribas, siguió impávido el pensamiento patriótico en que se inspiraba, luego tan dolorosamente comprobado.

Al mismo tiempo *El Liberal* ensalzaba y glorificaba al ejército y a la marina que heroica y estérilmente lucharon para la muerte. En los extraordinarios de aquellos días colaboraban los hombres representativos y se apoyaban patrióticamente los empréstitos y las suscripciones. Así se realizaba el doble propósito de mostrar a los españoles la realidad de la guerra y ennoblecer y elevar con loabilísimo empeño a los que lucharon.

Pasaron aquellos momentos tristísimos y, como recuerdo de ellos, quedaron el pensamiento de Pí y Margall y la campaña pura que, bajo la dirección de don Miguel, había realizado en *El Liberal*.

La guerra de Cuba, que había de causar graves trastornos en la vida española, fué para la Patria como la cancelación de un censo.



LOS CONCURSOS DE "EL LIBERAL".

Pasada la guerra introdujo don Miguel otras innovaciones en *El Liberal*. Aportó nuevos colaboradores, entre ellos don Joaquín Costa, de quien Moya hizo una calurosa defensa, y empezó la serie de famosos concursos de *El Liberal*, en el primero de los cuales se hizo conocer por España entera el insigne don José Nogales, con su cuento "Las tres cosas del tío Juan".

Se celebraron otros muchos. Uno para obreros, con motivo del 1.º de mayo, en el que fueron premiados don Matías Gómez y la modista doña María Guerrero; otro entre maestros; otro para cuestiones militares; otro de cuentos, en el que se premió el famoso *Malpocado*, de Valle-Inclán, etc.

Otro de sus actos, siempre nobles, fué la iniciativa del magno homenaje a Echegaray, celebrado tan espléndidamente. En él trabajó don Miguel con incansable celo hasta conseguir la realización de aquella obra de justicia.

LA MUERTE DE "FERNANFLOR".—MOYA.  
PRESIDENTE DE "EL LIBERAL". : : : :

El insigne literato don Isidoro Fernández Flores, que era presidente de la Sociedad anónima propietaria de *El Liberal*, tenía verdadero delirio por don Miguel, admirando la fecunda obra que venía realizando en el periódico. Nada resolvía "Fernanflor" sin oír la opinión de Moya, quien tal autoridad ejercía sobre su pensamiento, que cuando alguna vez, muy rara, existía alguna discusión o divergencia, "Fernanflor" la terminaba siempre diciendo:

—Bueno, que se haga lo que Moya quiera.

En abril de 1902 cayó enfermo "Fernanflor". Era hombre que no tenía más vínculo social que *El Liberal*, ni más familia que los de esta casa. Moya se consagró a su existencia, llevó médicos, aplicó remedios, pero todo fué inútil: el 7 moría aquel ejemplo de caballeros y modelo de escritores.

Moya dispuso que su cadáver fuese trasladado a *El Liberal*, donde se le expuso, y, al hacerse cargo de sus papeles, encontró, con sorpresa, el testamento autógrafo: "Fernanflor" sólo poseía, aparte unos terrenos de escasísimo valor, sus acciones de *El Liberal*. En el testamento "Fernanflor" disponía, más como legado espiritual que como cesión de

bienes, que sus acciones fuesen íntegras, después de cumplir algunas mandas, por partes iguales a don Miguel Moya y a don Antonio Sacristán.

Aquello fué para los dos un depósito sagrado de confianza, a la que respondió Moya consagrando más aún, si era posible, su vida a *El Liberal*.

Desde entonces fué Moya, por disposición estatutaria, el presidente de *El Liberal*; y nunca fué el empresario, sino el compañero más trabajador de cuantos había en la casa.

Presidente y Director al mismo tiempo, atendía con excepcional talento y extraordinaria capacidad a organizar, desde las minucias más leves de estas páginas, a las más altas concepciones del periodismo.

LA CAMPAÑA DEL TERRORISMO.

Homenaje a su campaña contra la ley del Terrorismo fué aquel memorable banquete, acaso el más numeroso de cuantos se han celebrado en Madrid.

Presidió don Miguel y se sentaron a su lado Moret, Romanones, Melquiades Alvarez, Amós Salvador, Mellado, Aguilera, Calzada, Esquerdo, Conde de Sagasta, Galdós, Canalejas, Gasset, Rodríguez, Suárez Inclán y otros.

Cuando se levantó Moret para decir: "Los hombres políticos cedemos el paso al director de la campaña de Prensa que ha acabado con la ley del Terrorismo", una clamorosa ovación fué el homenaje merecido a la excelsa figura de don Miguel.

Este, en muy sentidas palabras, rehusó tanto honor, dedicando al triunfo de las ideas democráticas aquellos actos públicos.

En aquel banquete memorable, una vez más se puso de manifiesto el carácter de don Miguel, bueno siempre, enérgico y tenaz para conseguir la victoria y, una vez conseguida, gran altruista para no atribuírle a su persona ni utilizarla en ventaja propia.

LA FUNDACIÓN DE "LIBERALES" EN PROVINCIAS. : : : :

Cuando don Miguel viajaba, su primer acto, al llegar a una población era comprar los periódicos locales y cuantos



de todas partes llegaban. Todo el que ha viajado con él habrá visto que, aun sosteniendo la conversación más interesante, hasta yendo en el *restaurant*, si, al parar el tren en una estación, oía vocear un periódico, todo lo dejaba para lanzarse a comprarlo. El entusiasmo profesional se sobrepone a todo. Bien puede decirse que no tenía más pasión humana que el periodismo.

En este pensamiento constante comprendió que las modernas comunicaciones adelantaban de tal modo los sucesos, las noticias y hasta los artículos que constituían la Prensa madrileña, que los periódicos, sometidos a un lento transporte, llegaban con considerable retraso.

Quiso y logró que la expansión de esta obra de *El Liberal* fuera simultánea en aquellas poblaciones importantes que por la intensidad de su vida, por su acción social, debían gozar de las mismas primicias que Madrid. Y concibió la fundación de *Liberales* en Sevilla, Bilbao y Barcelona.

Y la realizó con tal previsión, que en 6 de enero de 1901 apareció el primer número de *El Liberal* de Sevilla; a los tres meses, el 6 de abril, *El Liberal* de Barcelona, y a los tres meses, el 6 de julio, el de Bilbao. Fue un alarde de organización y una prueba de cómo la voluntad vence obstáculos.

Al propio tiempo, la Sociedad *El Liberal* adquirió el periódico *Las Provincias de Levante*, de Murcia, que se transformó en *El Liberal* de aquella población.

En aquella época, a su extraordinario trabajo diario, Moya agregó el esfuerzo necesario para la creación e implantación de estos periódicos.

Era frecuente en él llegar por la mañana de Sevilla, pasar el día en Madrid cambiando impresiones y dando su juicio luminoso a los trabajos del día, y marchar por la noche a Barcelona. Volver al otro día y estar sereno y sonriente en la mesa de la dirección.

LA FUNDACIÓN DE LA SOCIEDAD  
EDITORIAL DE ESPAÑA : : :

Con motivo de la unificación de descuentos y tarifas de publicidad de la Prensa madrileña, iniciáronse conversaciones para llegar a un acuerdo entre los propietarios de *El Imparcial* señores Gasset y don Miguel Moya. En el curso de las conversaciones surgió la idea de que el acuerdo

fuese más amplio, llegándose a una unión completa, y de tal modo hubo coincidencias en las opiniones, que en 1.º de mayo de 1906 se constituyó ante notario la Sociedad Editorial de España, con un capital de diez millones de pesetas, siendo nombrado don Miguel presidente de la Sociedad, del Comité ejecutivo y del Consejo de Administración, y vicepresidente, su compañero de juventud el insigne Ortega Munnilla, director que entonces era de *El Imparcial*.

Representando a todos los accionistas de *El Liberal* y con voto unánime de confianza, firmaron la escritura don Miguel Moya y el inspector jefe de servicios de *El Liberal*, don Antonio Sacristán.

En 14 de mayo de 1906 don Miguel Moya, a nombre de la Sociedad Editorial, adquirió en 1.500.000 pesetas la propiedad del *Heraldo de Madrid* y la del edificio situado en la calle de la Colegiata, número 7.

Dirigía entonces el *Heraldo*, y siguió dirigiéndolo, nuestro ilustre presidente don José Francos Rodríguez, y era el periódico propiedad de la familia Canalejas, recibiendo la inspiración del insigne don José. Y en el título de adquisición se consignó que seguiría con igual orientación.

Don Miguel, que en materia periodística veía y consideraba, ante todo, a los periodistas, antes de formalizarse convenio alguno, reunió a todos los que redactaban el *Heraldo* y les expuso sus proyectos y orientación y deseo de que todos continuasen en el *Heraldo*, advirtiéndole que de no ser así no se realizaría la compra. Les explicó los propósitos de la Sociedad, que no eran más que los de unión administrativa y mejora editorial.

Lo comprendieron así y todos continuaron en el periódico, y la Empresa tuvo la satisfacción de no prescindir ni de un redactor, ni de un funcionario, ni de un obrero, ni de un dependiente de cuantos trabajaban entonces en el *Heraldo*.

En 9 de diciembre de 1907, la Editorial adquirió *El Defensor de Granada*, y en 25 de enero de 1908, *El Noroeste de Gijón*.

Durante diez años *El Imparcial* formó parte integrante de la Sociedad Editorial. Deseando los elementos que representaban aquel periódico una mayor amplitud, procedieron de común acuerdo con don Miguel a instituir, en mayo de



1916, con absoluta independencia, la Sociedad Editorial de aquel periódico.

El señor Moya dió tantas facilidades, puso tanto de su parte en aquella gestión, que subsistió con más arraigo la buena amistad y cordialidad de relaciones entre *El Imparcial* y la Editorial.

#### CÓMO TRABAJABA DON MIGUEL.

A las tres de la tarde estaba todos los días en el despacho; todo el personal desfilaba ante el amigo cariñoso, quien inspiraba a unos, estimulaba a otros, enaltecía a los del mérito y alentaba a los principiantes. Todo bondad y compañerismo, a nadie reñía ni aun exhortaba; con su aparente seriedad tenía, sin embargo, todas las delicadezas de la ternura.

A última hora de la tarde don Miguel daba el primer original para el periódico, después de haber charlado y convenido con los redactores lo más saliente del día y, por tanto, lo más esencial del número.

Iba dando todos los originales al regente y anotándolos en una cuartilla, con una contraseña para recordar su importancia y extensión.

A las diez volvía al periódico y continuaba escribiendo y dando original hasta las dos de la madrugada, que empezaba el ajuste.

Sin moverse del sillón director daba la orden de confección del número. Cuando constaba de cuatro páginas partía una cuartilla en cuatro pedazos, los numeraba y escribía por orden de ajuste los títulos de los trabajos que en cada uno habían de incluirse. Cuando eran de seis partía la cuartilla en seis y hacía lo mismo.

Con tal precisión calculaba la extensión de cada trabajo, que los regentes de la imprenta, primero don Luis Santos, hoy librero muy acreditado, y luego el jefe de talleres, don Salvador Lacruz, se maravillaban de la justeza de don Miguel al dividir y marcar las columnas.

Permanecía en el periódico hasta que las máquinas empezaban a tirar números; pedía un ejemplar, leyéndolo detenidamente, y no se retiraba a descansar hasta que compraba y leía ejemplares del periódico o periódicos que en las distintas épocas pudieran hacer la competencia a *El Liberal*.

Entusiasta de la música, acudía al teatro Real algunas noches, y también tenía la costumbre de ir a los estrenos de los autores más celebrados, pero nunca asistió a una representación completa, por no faltar más de una hora al periódico. Oía un acto y regresaba a la Redacción; la noche siguiente iba a oír otro, y así hasta que conocía íntegra la obra.

Era el hombre del orden y del método, distribuidor admirable de las horas para aprovecharlas todas. Los redactores conocían tan perfectamente sus hábitos, que podían anticipar qué noche había de retirarse o de salir a la calle. Invitado siempre a las casas donde se celebraban fiestas, en aquella época acudía sólo una media hora, y era muy frecuente verle trabajando de frac hasta las doce, y ausentarse media hora para asistir a aquellas tertulias y fiestas literarias de la Marquesa de Squilache.

El 11 de febrero sabían todos los redactores que no llegaba al periódico hasta las once de la noche, porque asistía a la comida anual con que el Conde de Esteban Collantes festejaba a los periodistas más esclarecidos.

En una de las cosas en que se demostraba su capacidad de organización era en las horas de madrugada, cuando, a punto de cerrar el periódico, llegaba la noticia de un suceso importante. Disponía de tal modo el trabajo, ordenaba tan acertadamente el original, que, sin necesidad de ir a los talleres ordenaba desde arriba y colocaba la información en el sitio que merecía, sin prescindir de nada de cuanto fuese noticia interesante.

Todos los datos y cifras de *El Liberal* los llevaba siempre en el bolsillo, en cuartillas dispuestas prácticamente de un modo ideado por él.

En estas notas estaban las cifras de tirada, suscripción, venta en Madrid y provincias, etc., desde el día de la fundación de *El Liberal*, hasta el 30 de junio último, que salió de Madrid. Y lo asombroso era ver que en esas cuartillas estaban todos los datos numéricos del periódico con tal precisión, que alguna vez los contables de la Empresa incurrían en errores, a pesar de la perfección de la contabilidad, y él advertía en seguida el error, sin sufrirlos nunca.

Al constituirse la Editorial y ser nombrado don Alfredo Vicenti director de *El Liberal*, don Miguel dejó de asistir por las noches al periódico. Se levantaba muy temprano, leía cuidadosamente todos los periódicos y trabajaba mañana y



tarde en su despacho de la Editorial. A última hora de la tarde iba a *El Liberal* y continuaba su trabajo hasta la hora de cenar.

Era un crítico incansable del trabajo periodístico. Si un redactor se distinguía en un número, aquella tarde encontraba en la taquilla una carta de don Miguel felicitándole; no censuraba nunca; pero aun envolviendo delicadamente sus frases, dejaba traslucir cualquier defecto, cualquier omisión sufrida. Se informaba a diario de cuanto escribían los redactores, desde el que había redactado el fondo, hasta el que redactaba la última gaceta, y así conocía perfectamente las condiciones de cada uno y procuraba, como un hermano mayor, orientar a todos los que le rodeaban, marcarle el rumbo más adecuado, propicio siempre a prestarle su ayuda.

Era el hombre que todo lo había dado a estas hojas que cada día salen buscando el efecto del público. Su vida entera está en las páginas de *El Liberal* y en la formidable labor tenaz y constante desarrollada dentro de su redacción.

*El Liberal* es su obra, su fortuna, el resumen de cuarenta años incansables.

Vivió modestamente. Dió cuanto tuvo a *El Liberal*. Fuera de las Empresas periodísticas a que se consagró, no poseyó una finca, ni nada. Todo fué para el periodismo.

#### SUS LIBROS.

Dejó publicados *Conflictos entre los poderes del Estado*, *Puntos de vista* y *Oradores políticos*.

El primero es una admirable demostración de los sólidos conocimientos jurídicos de don Miguel.

El segundo es obra de su juventud, llena de la fragancia de los primeros años, prologada por "Fernanflor".

*Oradores políticos*.—*Perfiles* es un conjunto de semblanzas de Cánovas, Castelar, Sagasta, Martos, Silvela, López Domínguez, Alonso Martínez, Azcárate, Pidal, Moret, Gamazo, Pi y Margall, Montero Ríos, Salmerón, Martínez Campos, Labra, el Marqués de la Habana, Moyano, Ruiz Zorrilla y Romero Robledo. En ellas resplandece, en todo su vigor, el articulista de estilo brillante, de fino aticismo, dueño de la frase justa.

## DON MIGUEL Y LA ASOCIACION DE LA PRENSA.

SU OBRA FECUNDA POR LOS  
PERIODISTAS ESPAÑOLES. :

En las noches del 15 de febrero, 18 del mismo mes y 4 de marzo de 1895 se celebraron unas reuniones de periodistas en la calle de San Agustín, número 2, bajo, y quedó constituida la Asociación de la Prensa de Madrid.

En la lista de fundadores hay muchos nombres ilustres, que pagaron su tributo a la muerte.

En la sesión del día 31 de mayo se eligió la primera Junta directiva.

Don Miguel Moya fué nombrado presidente por aclamación y por mayoría de votos; vicepresidentes, los señores Rancés y Solsona; censor, señor Vicenti; tesorero, señor Gasset; secretarios, señores Bocherini y Muñoz (don Eduardo); vocales, los señores Cárdenas, Perpén (don M.), Martínez Soto y Soldevilla.

En los veinticinco años que desempeñó, sin interrupción, el cargo de presidente nuestro llorado don Miguel, la Sociedad tuvo 1.815.487,26 pesetas de ingresos.

La Asociación de la Prensa ha sido y es el amparo de los periodistas; sus auxilios han contribuido a mantener el prestigio de la clase. Don Miguel dedicó a ella, incansablemente, sus nobles afanes.

Por su iniciativa y por su constante trabajo se han organizado los famosos festivales con los que se atienden a los gastos de la Asociación.

Una de las iniciativas fecundas del señor Moya al frente de la Asociación de la Prensa, cuya pulcra administración puede señalarse como modelo y enseñanza, fué la fundación de la Cooperativa de la Prensa, que en el último año hizo ventas por valor de 700.000 pesetas, con un beneficio líquido de 50.000.

Estas cifras dicen más que un artículo sobre lo que fué la obra admirable de don Miguel Moya, desde el 31 de mayo de 1895 hasta el 30 de mayo de 1920, en que fué elegido, también por aclamación, presidente honorario.

A este resultado se llegó gracias a la energía del Presidente de la Asociación, que en un momento de crisis, cuando todas



las voluntades se pronunciaban contra la continuación de la Cooperativa, supo defender su existencia y vencer todos los temores.

Veinticinco años en que su voluntad, su cerebro y su corazón sólo vivieron para acudir en socorro de los periodistas enfermos y necesitados.

Ni cruces, ni títulos, ni mercedes, ni altos cargos. Quien pudo haberlo sido todo, cifró su orgullo de hombre honesto en ser un símbolo, y consiguió con creces esta noble aspiración.

El señor Moya fué, para cuantos se mueven en el mundo de las letras, "don Miguel".

Tanto, que en estos últimos meses de lucha y de combate, el único acuerdo que por aclamación ha tomado la Asociación de la Prensa ha sido el de su nombramiento de Presidente de honor.

## EL POLITICO

### SU ACTUACIÓN PARLAMENTARIA.— SU AMISTAD CON LOS POLÍTICOS.

Don Miguel Moya fué elegido diputado por vez primera por Ponce (Puerto Rico), en 1886, por donde fué reelegido dos veces, dedicando preferente atención en el Parlamento a los asuntos de aquella isla y defendiendo las tendencias autonomistas moderadas. En 1890 presentó al Congreso una proposición de ley acerca de la separación de los mandos civil y militar en Puerto Rico, que dió ocasión a apasionadísimos debates y motivó una prisión de dos meses en el castillo de Alicante al entonces general de brigada Dabán, que había dirigido, en su calidad de militar y senador, una carta circular de consulta a sus compañeros de uniforme. Fué notable también su interpelación acerca de la política del Gobierno en Cuba y Puerto Rico (1891), pues el debate que de ella se derivó duró veinticuatro sesiones, y en él tomaron parte, entre otros, Cánovas del Castillo, Moret, Romero Robledo, López Domínguez, Conde de Romanones y Labra. Fué también diputado por Mayagüez (Puerto Rico) y desde la pérdida de nuestras colonias ha ostentado casi sin interrupción en el Congreso la representación de Fraga (Huesca), habiendo sido en 1906 senador por dicha provincia, y luego diputado por la capital.

Nunca quiso aceptar un cargo público, aunque se le ofrecieron todos. Era uno de sus orgullos no haber firmado jamás una nómina del Estado.

Los actos de su juventud, en el accidentado período de los principios de la Restauración, de las luchas políticas de republicanos y liberales contra los procedimientos de Cánovas, dieron gran relieve a don Miguel, quien al propio tiempo, y esto es lo extraordinario, mereció gran confianza del citado estadista, a pesar de la dureza con que en el periódico y en la tribuna le combatía.

Fué gran amigo y admirador de Castelar, quien le quería entrañablemente. En el célebre comedor de don Emilio, don Miguel Moya era uno de los familiares de las históricas tertulias, y Castelar gustaba de oír sus opiniones, siendo una de las personas con quienes estableció vínculos espirituales. Tan pública y notoria era esta compenetración, que luego don Miguel fué el sucesor de Castelar, representando el distrito de Huesca.

El viaje de don Emilio a San Pedro de Pinatar, ya en los últimos días de su vida, fué preparado por don Miguel, quien le proporcionó alojamiento, acompañándole hasta el tren.

Mereció los honores de ser oído y consultado por todos los grandes hombres. En su archivo existen cartas de todos los políticos. López Domínguez se inspiró en don Miguel cuando trató de la unión de las izquierdas; Canalejas era gran amigo y admirador; Moret gustaba tanto de su amistad y de sus opiniones, que podríamos hacer una interesantísima colección con las cartas que de él conservaba, preguntándole unas veces, requiriéndoles otras, llamándole algunas cuando pasaban varios días sin entrevistarse.

## MOYA, EN LA INTIMIDAD

### EL HOGAR.—SU CORRESPONDENCIA.—ALGUNAS ANÉCDOTAS. : :

La bondad, la tolerancia, la disculpa constante de las faltas, de los errores ajenos, eran las características del llorado maestro.

Amante del hogar, encontraba en él un refugio en los días



de combate periodístico, de apasionada controversia. Dama ejemplar su virtuosa compañera, que sentía ya con él —de tal modo no se separaban de don Miguel los afanes periodísticos— los éxitos y los contratiempos de la lucha diaria. Ha sido un modelo de hombres en su vida privada, sin tener que reprocharse nada, sin merecer la más leve censura.

En la conversación, lo mismo al tratarse de asuntos fútiles que de las más graves cuestiones, sorprendía con su clarividencia, con su alcance de consideraciones, que escapaban a la observación de los demás.

Conocía a las personas como ningún otro conocedor del género humano.

Pero al enjuiciar respecto a alguien exponía las buenas cualidades y omitía los defectos. Por eso tenía tantos amigos.

Nunca riñó a un redactor. De *El Liberal* no salió nadie despedido por él; cuantos entraban allí seguían indefectiblemente y, si tenían defectos, don Miguel procuraba disculparlos; les aconsejaba, pero nunca iba más allá.

Nadie que se acercaba a don Miguel en demanda de protección o ayuda de cualquier clase quedaba defraudado.

Los mendigos le esperaban en las calles del Turco, Colegiata y Serrano. Su compasión por los cojos y tullidos hacía que en la calle, cuando iba a su domicilio, le esperasen varios que le conocían y saludaban y para los que siempre tenía dispuesto su bolsillo.

Nunca tuvo secretario. Escribía toda su correspondencia de su puño y letra, con aquellos rasgos desiguales y los renglones muy torcidos. Calculaba él, y cuantos con él convivían, que gastaba diariamente una caja de papel: todo el día estaba escribiendo cartas, aprovechando las pausas en su trabajo. Las contestaba en el acto de recibirlas, en la Asociación de la Prensa, en la Editorial, en el Congreso, en su domicilio y en la redacción de *El Liberal*.

Otra de sus ocupaciones constantes era leer periódicos nacionales y extranjeros; siempre estaba leyéndolos, y tenía la costumbre de tirarlos al suelo cuando terminaba su lectura, porque recogía lo interesante que pudiera tener, con tanta exactitud, que no necesitaba nunca volver a leerlos. Así su paso por cualquier parte se señalaba por el reguero de periódicos que iba dejando.

Por la mañana compraba todos los que se publicaban y luego *El Liberal* a cuantos vendedores se acercaban a él. Co-

mo no los leía por la calle, llegaba siempre a la Editorial con un gran paquete de periódicos debajo del brazo.

\* \* \*

Hace poco a un periodista de los que en días de lucha le combatieron, oímos decir:

—¡Qué admirable y qué modesto es don Miguel! Lo ha podido todo; es una de las primeras figuras de España, y yo le admiro cuando todas las mañanas y todas las tardes, haga frío o calor, le veo correr, ya con sus años y el cansancio de su labor, para coger el tranvía, cuando podía tener coches y automóviles.

\* \* \*

A semejanza de don Emilio Castelar tenía el hábito de marchar por la calle departiendo con sus acompañantes, hablando en voz alta.

Como era uno de los hombres más populares de Madrid, como su figura era conocidísima y respetada, era muy frecuente que los transeúntes se pararan a oírle.

Y escuchaban atentos aquellos juicios claros, dichos con las frases precisas, acompañadas de un amplio ademán.

\* \* \*

Era en los primeros tiempos de su dirección.

Una noche crudísima de invierno notó don Miguel que un redactor acudía a cuerpo al periódico.

Cuando fué a marchar le llamó y con la delicadeza que inspiraba todos sus actos, le entregó su capa.

Al llegar las claridades del día don Miguel fué a su casa a cuerpo y usó aquel invierno otra capa vieja que antes había desechado por excesivamente usada.

\* \* \*

Una muestra de su acendrado patriotismo.

Pasó unos días en Barcelona cuando la fundación de aquel *Liberal*. Una noche, en compañía de uno de nuestros más antiguos y más queridos compañeros, asistió en el Liceo a una función, en la que trabajaba el célebre transformista Frégoli.

Era en los momentos de fiebre separatista.



Conocido es aquel final de espectáculo de Frégoli en que sacaba a escena la bandera de los distintos países. El transformista fué sacando las de varias naciones de Europa, siendo muy aplaudido.

Al sacar la bandera española hubo un silencio que interrumpió algún silbido.

Don Miguel y nuestro compañero se pusieron de pie aplaudiendo con entusiasmo.

Todo el teatro guardó un silencio absoluto.

Así era don Miguel Moya....

#### SU MUERTE Y ENTIERRO.

Así era aquel hombre admirable que, abrumado de desengaños y minado por una enfermedad cruel, se trasladó en el mes de julio de 1920 a San Sebastián de Guipúzcoa, buscando alivio de sus males, ya, por desgracia, incurables.

Asistido solícitamente por el doctor Marañón, su hijo político, y por otras eminencias de la Medicina, vióse cercano el fin de tan preciosa vida.

Don Miguel Moya recibió con ejemplar resignación los Santos Sacramentos, y, rodeado de su amantísima familia, murió en la paz de los justos el día 19 de agosto de 1920.

¡El Señor le habrá premiado sus virtudes, dándole el descanso eterno!

El cadáver fué trasladado a Madrid, siendo su entierro una imponente manifestación de duelo en que lloraron juntos la muerte del hombre excelso sus deudos, los periodistas, los políticos y los obreros.

Los restos mortales de don Miguel Moya recibieron cristiana sepultura en el cementerio de la Sacramental de San Justo, y allí esperan el Juicio final bajo este humildísimo epitafio, tan honroso para nosotros:

D. MIGUEL MOYA

Y OJANGUREN,

PERIODISTA

† 19 AGOSTO 1920.

Sobre la fúnebre inscripción, en trazos maravillosamente esculpidos, el cincel de Mariano Benlliure ha resucitado la noble

cabeza de don Miguel, con un realismo idealizado que asombra. Un obrero, símbolo de la democracia y obra del mismo genial artista, contempla con pena, a manera de custodio popular, la imagen del maestro.

La obra de arte se completa en el orden de los más puros sentimientos cuando a los pies de la sepultura aparece de rodillas algún modesto periodista que fija también su vista nublada por el llanto en aquel relieve admirable, da viva plasticidad sin presumirlo a estos dos grandes ideales de don Miguel Moya: el *Pueblo*, perpetuado de emocionante manera en el obrero que calla, trabaja y admira, y el *Periodismo*, representado por el humilde gacetillero que reza y que se acerca al Maestro, porque sabe que "todavía nos habla desde su tumba".

R. I. P. A.

#### HONORES POSTUMOS

##### UNA ESTATUA.

La Asociación de la Prensa, por iniciativa de su segundo presidente don José Francos Rodríguez, acordó en la junta general de 10 de septiembre de 1920 erigir un monumento público que perpetúe la memoria del insigne periodista madrileño don Miguel Moya.

La Junta directiva, con la colaboración de otros elementos de la Prensa española, tiene ya terminada la organización del proyecto, que en breve quedará realizado.

##### LÁPIDA CONMEMORATIVA.

El Ayuntamiento, por su parte, en sesión del 17 de junio de 1921, tomó el acuerdo de dar a una calle el nombre de don Miguel Moya y costear una lápida conmemorativa, que se ha de fijar en la calle de Serrano, núm. 4, donde vivió largos años el insigne maestro.

En dicha sesión se dió cuenta de un dictamen de la Comisión primera, fecha 18 de mayo, proponiendo lo siguiente:

"Que se designe con el nombre del insigne maestro del



periodismo, don Miguel Moya, la calle transversal de la Gran Vía que se construya sobre terrenos de la derruida de Hita, para lo cual habrá de solicitarse la conveniente licencia del excelentísimo señor Ministro de la Gobernación, por no haber transcurrido los diez años que para estos casos previene la Real orden de 10 de febrero de 1905, y que la lápida que ha de dedicársele con la colaboración de las entidades periódicas se coloque en la casa núm. 4 de la calle de Serrano, donde vivió, pasando después este asunto a la Comisión de Fomento por lo que respecta a la construcción de la lápida.

El señor presidente (Rodríguez Villamil) se asoció al merecidísimo homenaje que el Ayuntamiento, por feliz iniciativa del señor Tato, rendía a la memoria del ilustre literato, gloria no sólo de Madrid, que le vió nacer, sino de la nación entera, sintiendo que por ausencia del señor Alcalde tuviera él que hacer el panegírico con frases menos brillantes, aunque no menos sentidas y sinceras, que las que hubiera dirigido el señor Conde de Limpías.

Ensalzó los méritos relevantes y la labor intensa y fecunda realizada por don Miguel Moya, haciendo resaltar la transformación completa que a impulso suyo experimentó la Prensa española hasta convertir la antigua hoja, mezcla de libelo y de novela romántica, que sólo servía para enconar las pasiones políticas, en una moderna página literaria, culta y amena, divulgadora de los progresos de las ciencias y las artes y de todos los adelantos mundiales.

Agregó que esta magna obra educadora fué complementada y enaltecida con sus enseñanzas, encaminadas a dignificar la profesión del periodista, y terminó ofreciendo a la memoria de tan esclarecido escritor, y a los herederos del mismo el testimonio de su admiración, con el que seguramente interpretaba el sentir unánime del Concejo.

El señor Tato, después de hacer constar que el Ayuntamiento, a propuesta suya, fué el que inició este homenaje para enaltecer y honrar la memoria del señor Moya, se limitó a suscribir todos los elogios tributados por el señor Alcalde accidental y a cumplir el honroso encargo que le encomendó la Asociación de la Prensa de agradecer profundamente el acto realizado en honor del que fué su Presidente.

El señor Fernández Cancela dijo que después de lo manifestado por el señor Presidente, poco tenía que agregar en

memoria de don Miguel Moya en nombre de la minoría liberal, la que desde luego se hallaba identificada con las palabras que se habían pronunciado, así como con la idea del señor Tato Amat; y por lo que se refería personalmente al orador, que había compartido con dicho señor las tareas periodísticas, indicó que cuanto pudiera decir en loor de tan ilustre figura resultaría pálido, pues el señor Moya, a más del talento que siempre le distinguió llevando importantes reformas al periodismo, al extremo de hacer amena la lectura de los periódicos, especialmente en *El Liberal*, cosa que no sucedía antes con la mayoría de la prensa, que más que nada se distinguía por su aridez, reunía tales condiciones de bondad, de carácter y de modestia, que cautivaba a los que, aunque no fuese más que una vez, tenían ocasión de tratarle, y que buena prueba de ello era el tiempo que había estado ocupando la Presidencia de la Asociación de la Prensa, en cuyo cargo, más que como Presidente se le miraba como un padre. Agregó que tuvo excesiva influencia para ocupar los cargos más importantes de la Nación, y a pesar de ello, la modestia que le adornaba y que siempre fué su característica, le hizo rechazar todo aquello que suponía galardón.

Concluyó diciendo que el voto del Ayuntamiento debía ser unánime, no sólo porque con ello realizaba un acto de justicia, honrándose a sí mismo a la vez que honraba el nombre de tan ilustre figura, dando su nombre a una calle de Madrid y colocando una lápida en la casa donde vivió.

Los señores Silva y Martín, por las minorías independentista y reformista, respectivamente, se adhirieron a lo manifestado por los señores que les habían precedido en el uso de la palabra.

El señor Marcos, en nombre de la minoría albista, se asoció al homenaje que se pretendía tributar a la memoria de don Miguel Moya, si bien consignó que hubiera visto con más agrado que la lápida se colocase en la casa donde nació, en vez de en la de la calle de Serrano, donde vivió.

Los señores Alvarez Arranz, López Baeza, Noguera, Díaz Agero y Saornil, por las minorías ciervista, socialista, republicana, demócrata y republicana federal, se asociaron al testimonio de admiración y respeto que el Ayuntamiento tributaba en memoria de quien en vida supo granjearse por su talento y civismo el cariño de la nación entera.



El señor Reglero consignó su conformidad con las anteriores manifestaciones.

Después de advertir la Presidencia que el haberse acordado colocar la lápida en la casa donde vivió el señor Moya, en vez de la en que nació, obedecía a previsión, por ser muy posible que con las obras de ensanche de la barriada en que estaba comprendida, esta última de la calle del Salitre llegaría a desaparecer en plazo no lejano, en votación ordinaria quedó aprobado el dictamen.”



